

## LIBROS

### El materialismo en la Academia

Nunca he comenzado la crítica de un ensayo filosófico con tanto temor como tengo al iniciar ésta, la de los «Ensayos materialistas», del profesor Gustavo Bueno (1). Ciertas coincidencias resultan aterradoras; sabido es que, actualmente, los libros, similares en eso (y no sólo en eso!) a las «mises» delectosas de los concursos de belleza, deben ir rodeados por una banda escrita al exhibirse a la luz pública; la de mi «Filosofía tachada», número 85 de la colección en la que el libro de Bueno es número 86, dice: «Una purga de la Filosofía académica»; la que abraza al libro aquí comentado reza: «Por una Filosofía académica». Ahora me dispongo a comentar los «Ensayos...» de Bueno: ¡se maca la polémica! Pues bien: nada me hasta más que las polémicas; de aquí las precauciones que quisiera tomar para que no se cumplieren los temores que justifican este exordio autobiográfico. A tal efecto, no sé si bastará señalar lo tantas otras veces dicho, pero ahora con plena sinceridad (¡esto, ay, también se ha dicho!); que la discrepancia teórica no excluye la mayor admiración por la figura intelectual y pública del oponente; que la crítica al creador, a quien tiene el valor o la capacidad de dar algo, nunca puede compararse con la que se hace al burócrata, cuya sola misión es impedir que los

otros den; que... pero dejémoslo así.

Gustavo Bueno se propone el asentamiento teórico de una filosofía académica materialista. Académica, es decir, practicada por un cuerpo de profesionales especializados (los profesores de Filosofía) en unos determinados centros estatales; materialista, es decir, opuesta, por un lado, a la metafísica (entendida como «monismo cósmico», «desarrollo progresivo de la realidad con el hombre como su fruto último») y, por otro, al nihilismo («indeterminismo, acausalismo, concepción de que la Nada es el principio y fin de la realidad o pensamiento»); el materialismo es, para Bueno, el ejercicio mismo de la razón crítica filosófica. La insistencia en el aspecto académico evita que se considere el quehacer filosófico como pura pasión subjetiva, más referida a lo poético que a lo científico; pero también dispensa de la obligación de proponer «fórmulas para un plan quinquenal, ni juicios sobre la traición de Brandler o sobre la guerra de Vietnam». El filósofo se presenta como un especialista que realiza una tarea de utilidad pública, pero no como un fabricante de exhortos panfletarios o un divulgador de recetas para «cocktails Molotov».

¿Para quién es útil la sabiduría filosófica? Para aquellos que deseen construir discursos más eficaces, visiones más críticas y complejas de las aportaciones de la ciencia y de las diversas prácticas sociales, libres del dogmatismo, que está cierto de saber lo que ignora en realidad, y del escepticismo, que niega la posibilidad misma de saber; la Filosofía es acción por medio de las palabras sobre las conciencias, dirigida a la «reforma del entendimiento».

El terreno propio del filósofo materialista no es la acumulación de «hechos» más o menos

científicos, pero tampoco el simple análisis de los usos y gramática de los lenguajes vigentes; su campo verdadero, específico, que no comparte ni con los científicos ni con los lingüistas, es el de la Ontología, el saber que estudia las ideas trascendentales que ordenan lo que hay, es decir, la materia. Estas ideas en las cuales nos movemos y pensamos —causalidad, estructura, espacio, identidad, posibilidad, etcétera— han sido decantadas y afinadas por una tradición de siglos; es absurdo recusar las exposiciones de la ontología tradicional —los «metafísicos desenfrenados», en la terminología de Javier Muguerza—, pues, aunque se rechazase como idealista el monismo sustancialista de un Leibniz o un Spinoza, su estudio de tales ideas puede ser enormemente valioso para el pensador materialista o para el científico.

El postulado básico para la existencia de tal cosa como una filosofía académica es la hipótesis «según la cual las ideas forman un "sistema" más o menos riguroso, es decir, no son todas compositibles con todas de cualquier manera, mantienen conexiones "por encima de la voluntad" de quienes las usan». El estudio de esta trabazón entre las ideas, la administración de este sistema son el objetivo y la razón de ser del materialismo académico filosófico.

En el materialismo de Gustavo Bueno, la idea de materia ocupa el lugar que se guarda tradicionalmente para la idea de ser; su concepción de la materia se opone, fundamentalmente, a la idea de unicidad del ser, orden, armonía constitutiva del cosmos; su idea ontológico-general de materia se entiende como «idea de la pluralidad indeterminada, infinita, en la que no todo está vinculado con todo». No cabe duda que la concepción de la idea de materia en ontología general, así como la doctrina de los

tres géneros de materialidad y sus relaciones con algunos conceptos ontológicos fundamentales son el núcleo principal del libro de Bueno. Es una doctrina aguda y sofisticada, sin común

confuso y deslavazado a veces, vigorosamente honrado siempre; criticar pormenorizadamente las opiniones de un libro cuyo contenido apenas he sugerido, sería injusto y desplaza-

a mi juicio, una lectura materialista de Kant; dudo que los materialistas oficiales se lo agradezcan. Kant le presta su mezcla de prudencia y ambición; prudencia para marginar todo lo que compromete el propósito académico: el cuerpo, el deseo, el azar, lo que subleva o subyace a la razón (la evitación de estas instancias entra en lo que Bueno llama «sobriedad»); ambición para ir más allá de los emasculados proyectos de la filosofía analítica y proponer, no simplemente nuevos temas que ocupen el entendimiento, sino una acción directa, por medio del discurso, destinada a reformar el entendimiento mismo como subjetividad. Esta sería la auténtica «realización» de la Filosofía, para Gustavo Bueno.

En el capítulo que dedica a «Materialismo y socialismo», se permite el autor soñar con un Estado socialista en el que la educación filosófica fuese vista como absolutamente indispensable y los profesores de Filosofía fueran a modo de funcionarios del Estado (en esto, poca novedad veo); señala que, si bien es ridículo que Sócrates «sea un funcionario de un Estado explotador, es necesario que una sociedad socialista posea como funcionario, no ya a un Sócrates único, irrepetible, individual, sino a centenares de Sócrates, que constituirán el núcleo del verdadero "poder espiritual" de la sociedad socialista». La idea del Sócrates plural no deja de parecer contradictoria; la especificidad de Sócrates está en oponerse como individuo irrepetible al Estado que le condena y le mata; el Sócrates multiplicado, funcionario aquiescente y satisfecho de la academia triunfante, es algo más y menos que un filósofo; el sueño de una razón que ha realizado plenamente su positividad o la expresión utópica del refrendo de una condena. ■ FERNANDO SAVATER.



### DESAPARECE "LES LETTRES FRANÇAISES"

Con fecha de 11-17 de octubre se ha publicado en Francia el número de despedida del semanario literario y artístico «Les Lettres Françaises». En unas declaraciones recogidas por «Le Nouvel Observateur», Louis Aragon, director de la desaparecida revista, se atribuye la exclusiva responsabilidad de esa medida, que él explica aduciendo razones de tipo económico. El semanario, fundado bajo la ocupación nazi, estaba financiado por el partido comunista francés. Al parecer, una de las razones que han precipitado la caída del periódico ha sido la prohibición de su venta en determinados países socialistas a raíz de la intervención soviética en Checoslovaquia, sistemáticamente condenada por los editorialistas de «Les Lettres Françaises». Como muestra de la línea antidogmática seguida por la revista cabe citar un artículo de su redactor jefe, Pierre Daix, publicado en el número anterior al de la desaparición, y en el que se defiende al escritor soviético Soljenitsyn de las acusaciones de reaccionario de que ha sido objeto por parte de algunos sectores no comunistas.

medida con las vulgaridades tipo Diamat y otros productos de la escolástica soviética (en cuya condena se muestra tibio y matizado el profesor de Oviedo).

Es imposible dar cuenta satisfactoria de las casi 500 páginas de texto densísimo, erudito, muy agudo en ocasiones, tremendamente

do. En su propósito de edificar una filosofía académica, Gustavo Bueno se vuelve no tanto hacia Hegel como hacia Kant; en Hegel, la negación está demasiado presente, su constante ir más allá de cualquier contenido resulta a fin de cuentas poco manejable, por auto-destructor. Bueno hace,

(1) «Ensayos materialistas», Gustavo Bueno. Ed. Taurus, 1972.